

Entrevista con Fernando Savater

—Este 1997 se cumplen 25 años que en una librería de curas (¡oh paradojas!) de la ciudad de México descubrí un ejemplar de tu Nihilismo y Acción. El año próximo se cumplirán veinte de tu primer viaje a México, en el que, casi de manera clandestina, diste un curso en la Universidad Nacional Autónoma de México sobre Nietzsche y Kierkegaard. En estos 20 años has recorrido casi toda la América Latina y has pasado de aquella clandestinidad académica a ser el pensador español más conocido, leído y debatido. Hoy mismo, un libro tuvo que aquí en Madrid no tuvo mayor impacto (Sin contemplaciones) es en México el libro extranjero más vendido. Aprovechando que nos encontramos en páginas hispanoamericanas empecemos por allí ¿Nos puedes contar cuál ha sido tu experiencia americana, sobre todo México, Argentina y Venezuela?

—Desde el punto de vista intelectual, como profesor y escritor, la América hispana ha sido el encuentro más importante de mi vida. Yo me considero hispanoamericano y creo que a la mayoría de los escritores españoles que conocen bastante América latina (la cual incluye una parte que crece cada día, de los USA) les ocurre lo mismo. Y en esta convicción no hay nada que choque con mi convicción europeísta, sino todo lo contrario. ¿Europa? Muy bien, sin duda, pero para la cultura española, para los creadores culturales españoles, lo más importante es el lazo polémico que nos une íntimamente con América. De los países americanos, el primero que conocí y el que ocupa en mi alma un lugar más especial es México: yo creo que tenía la emoción de México dentro aún antes de pisarlo... Y que diré de Argentina, de Colombia, de Chile, de Paraguay, de Venezuela, de todos, de todos. Cuando hablo de ellos, tengo miedo a ser por un lado enfático y por otro injusto. ¡Cómo no olvidar a nadie cuando uno ha recibido tanto! En fin, desde el punto de vista de mi tarea intelectual, es en América donde me he sentido a la vez más útil y mejor reconocido. No puedo decir más.

—Tus primeros espejos: Cioran, Nietzsche, Schopenhauer ¿por qué los elegiste, cómo los ves ahora?

—Los tres son, en primer lugar, buenos escritores; los tres tienen a la vez rabia y humor; los tres detestaban a los profesores y a los patriotas.

A Schopenhauer y a Nietzsche los sigo considerando totalmente imprescindibles para comprender la *realidad*: no el mundo moderno, la filosofía contemporánea, nuestro tiempo o cosas así, que poco me interesan, sino la realidad. Pero es a Cioran a quien más quiero y de quien tengo más nostalgia desde que murió. A los otros me conformo con leerles, pero a Cioran le echo de menos.

—¿Cómo era el debate filosófico en España a mediados de los 60?

—Yo me incorporé a ese debate ya muy a finales de esa década. Por un lado estaba la filosofía académica conservadora (valga la redundancia) que apenas revoloteaba más allá del repelente neotomismo clerical o de inepticias no mucho mejores. Los disidentes de esa mugre eran marxistas —de vario espectro— o partidarios del pensamiento analítico, también variado. Y unos pocos, poquísimos, empezamos a hablar de Nietzsche recuperándole contra los fascistas que lo habían utilizado. Yo introduje un par de autores desconocidos que tuvieron gran aceptación fuera de la filosofía profesional, Cioran y Georges Bataille, y otro que nunca logró audiencia y que a mí me parece el filósofo más interesante de los últimos treinta años en Francia: Clément Rosset.

—¿Te relacionas con la tradición filosófica española inmediata? ¿Unamuno, Ortega, Zubiri, Zambrano?

—A Zubiri apenas lo he leído y no logro interesarme por él. Ortega, Unamuno y María Zambrano me han ayudado mucho, cada uno a su modo. Sobre todo Unamuno, que es el que mejor escribe de los tres con gran diferencia, por su simpática manía de protestar contra la muerte.

—¿Se concilian en ti el individualismo, el pragmatismo, la preocupación ética?

—El individualismo y el pragmatismo *son* actitudes éticas, de modo que no es difícil reconciliar las tres cosas. Las dos primeras me parecen formas de la cordura moderna, cuyo primer y a mi juicio máximo representante sigue siendo Spinoza.

—¿Cómo incorporas y recuperas a Spinoza?

—Queda dicho en lo anterior. Como anécdota, señalaré que leí la *Ética* de Spinoza en la cárcel de Carabanchel: un filósofo que interesa cuando está uno en la cárcel, sirve ya para todas las ocasiones de la vida.

—Los que van de puros cuestionan la participación del filósofo en la plazuela ¿Qué es? ¿Filosofía de periódico, de aeropuertos, de la jet set, de tertulia o gente guapa?

—Yo no me tengo por un filósofo en el sentido enfático y mayúsculo del término, sino por un filósofo con minúscula, un *philosophe* a la francesa (¡a la francesa del siglo dieciocho, claro, Derrida me valga!). Creo tener la capacidad de servir de intermediario entre la gran filosofía y la persona común, preocupada por la vida y la muerte pero no por el *curriculum*. Yo nunca he «estudiado» filosofía, sino que he leído para mi uso personal

algunos filósofos y los he difundido para hacer más soportable el entorno social en que vivo. Por eso escribo en los periódicos, viajo en avión y hablo para la gente, guapa o fea, que quiere escucharme. Cuando dudo si hacer o no hacer una cosa me pregunto: ¿lo habría hecho hoy Voltaire? Y si la respuesta es afirmativa... ¡adelante con los faroles y que se fastidien los envidiosos, a los que tanto fastidiaba Voltaire!

–*Los géneros: ¿escribes novelas como filósofo y filosofía como novelista?*

–Me gustan la narración y la reflexión, la reflexión narrativa, la narración reflexiva (como lector soporto también con agrado la narración sin demasiadas reflexiones). Soy mestizo de andaluz y madrileña, con abuelos catalanes, una abuela nacida en Argentina, he nacido y me he criado en el País Vasco: de modo que me va todo lo híbrido, en el sexo, en la política, en la literatura y en lo demás. Abomino de la pureza. Mi camino hacia la filosofía pasa por el regimiento de los grandes «irregulares» como Montaigne, Nietzsche, Giovanni Papini, Cioran y sobre todo Borges. Creo que si no hubiese leído a Borges y a Octavio Paz nunca habría perfilado ese ideal estilístico que, por inalcanzable que sea, es imprescindible para afrontar con buen ánimo la escritura.

–*¿Qué importancia tienen los libros de divulgación filosófica para adolescentes o apenas jóvenes?*

–Otro de mis maestros principales, Montaigne, censuró a quienes suponen que la filosofía no es cosa de niños ni de jóvenes, presentándola como algo adusto, severo. Dice Montaigne que la filosofía es siempre alegre, traviesa, *juvenil*, en suma. La adolescencia es la edad espontáneamente metafísica de la vida. No digo que todo el mundo nazca para ser filósofo, pero desde luego nadie nace para la imbecilidad irremediable, que luego tanto prospera. Quien no sabe escribir filosóficamente para jóvenes, ni se molesta en intentarlo o en comprender a quienes lo intentan, no tiene luego derecho a quejarse del «desinterés» creciente que muestran los planes de estudio por la filosofía.

–*¿Qué te sugiere la restauración del pensamiento fuerte y la recuperación de la metafísica?*

–Lo del pensamiento débil y el pensamiento fuerte siempre me recuerda aquel título de una comedia de Jardiel Poncela: *El sexo débil ha hecho gimnasia*. Si vuelve el pensamiento fuerte será por eso, porque el pensamiento débil ha hecho gimnasia. En cuanto a la metafísica, si retorna de lejos, esperemos a ver qué noticias nos trae...

–*¿Qué te parece la actitud de una serie de pensadores españoles que enfrentan radicalmente la modernidad occidental como un gran error histórico?*

–Bueno, a la modernidad llamada occidental (que es la misma también en Oriente) no le viene mal hacer autocrítica y poner en entredicho algunas de sus algazaras más prepotentes. Cuando realiza esta autocrítica es

más moderna que nunca, porque la razón es crítica y sólo la teocracia intelectual se alimenta de incienso. La trayectoria histórica del siglo XX no es precisamente como para congratularse, aunque la desesperación sería aún menos justificada. El argumento más sólido, en realidad el único válido que conozco, a favor del racionalismo ilustrado moderno son sus alternativas: los dogmas religiosos, la colectivización comunitaria de los valores frente a su universalización, la deificación mítica de la naturaleza como regreso a lo originario, las identidades insolubles frente a la solvencia del mestizaje escéptico, etc.

–En cuanto al filósofo y la política ¿son compatibles la militancia y la tarea filosófica?

–La filosofía está ligada a la polis, a la reflexión y a la práctica política, por tanto a la democracia. La filosofía es en el terreno intelectual, lo que la democracia, en el campo de las instituciones sociales. Hasta los filósofos más adversos al sistema democrático (o a los sistemas democráticos, porque hay muchos) son ciudadanos de una polis mental cuando hacen filosofía. No concibo a un filósofo desinteresado de la política: quien se desinteresa de la política, tampoco se interesa por el quehacer filosófico.

Héctor Subirats